

# Inés Arredondo: Fedra señala un camino



SEBASTIÃO GUILHERME ALBANO

*Por más que pienso sólo hallo un remedio a mi desventura,  
para que mis hijos vivan honrados y salga yo  
como pueda de este abismo.*

Eurípides: diálogo de Fedra en *Hipólito coronado*

Rose Corral, en su conocido ensayo "Inés Arredondo: la dialéctica de lo sagrado", publicado en la edición de Siglo XXI de las *Obras completas* de la escritora sinaloense, sugiere que su narrativa tal vez apunte "hacia lo sagrado entendido como una forma de aprehender el mundo y de revelarlo". Esta característica es sin duda notable en la corta producción de Inés Arredondo. En sus tres libros, aunque especialmente en *La señal* (1965), el mismo nombre indica una dirección, enigmática desde luego, pero que queda más o menos clara desde las hojas iniciales del primer cuento, "Estío", en donde se empieza a percibir el camino sugerido al principio. Lo mismo sucederá en los dos otros volúmenes de relatos que publicó: *Río subterráneo* (1979) y *Los espejos* (1988). Pero es en *La señal*, y especialmente en "Estío", en donde lo sagrado es visto como fórmula mítica, pero encima de eso, lo más sorprendente es que tal dimensión sagrada está del todo atrapada por la visión transgresora de Inés Arredondo. Éste es otro de los grandes temas posibles para un examen de la obra de la autora.

En "Estío", el nombre del libro, *La señal*, gana una relevancia escalofriante. Desde el principio de la lectura del cuento se cree en la posibilidad de que hubiera una situación incestuosa en la cálida historia de Román, su madre y Julio. Pero las pistas que va dejando la prosa de esta escritora no son suficientes para cerrar una trama, sino

variaciones sobre un tema sugerido y envuelto en una profusión coherente de recursos poéticos y narrativos. Al principio del relato se lee: "Ahí estaban ahora ante mí y daba gusto verlos, Román rubio, Julio moreno." Y luego, indicando un poco más: "Román y yo nos reímos al mismo tiempo. El muchacho bajó los ojos, la cara roja, y se aplicó a presionarse un lado de la nariz con el índice doblado, en aquel gesto que le era tan propio." En todo el texto hay indicios que llevan a pensar en una situación incestuosa. La madre que da opiniones sensuales sobre la sensualidad de su hijo. Sin embargo, al avanzar la narración, se empieza a percibir que esa señal puede ser falsa, hay duda constante. Julio, el moreno, el amigo del hijo, comienza a ser tratado con algo de complicidad. Es en ese momento cuando se llega a imaginar que hay una relación amorosa con Julio y no con el hijo, Román. Páginas después, al final, para mayor sorpresa, los hechos son contundentes y la prosa de la escritora alcanza cumbres aterradoras, puesto que la mujer, si bien mantiene relación con Julio, es con su hijo, Román, con quien le gustaría tenerla. La madre hizo una suerte de sacrificio con Julio, el amigo del hijo, con el fin de resguardar a Román de tal pecado y no *desacralizar* su posición de madre y la de su hijo, además de no hacerlo partícipe del deseo físico que ella sentía por él. "Julio se fue de nuestra casa muy pronto, seguramente odiándome, al menos eso espero. La humillación de haber sido aceptado en el lugar del otro, y el horror de saber quién era ese otro dentro de mí, lo hicieron rechazarme con violencia."

En este cuento, Inés Arredondo es un pozo de sensualidad.

Más tarde me levanté, me eché encima una bata y, sin calzarme ni recogerme el pelo fui a la cocina, abrí el refrigerador y saqué tres mangos gordos, duros. Me senté a comerlos en las gradas que están al fondo de la casa, de cara a la huerta. Cogí uno y lo pelé con los dientes, luego lo mordí con toda la boca, hasta el hueso; arranqué un trozo grande, que apenas me cabía y sentí la pulpa aplastarse y el jugo correr por mi garganta, por las comisuras de la boca, por mi barbilla, después por entre los dedos y a lo largo de los antebrazos.

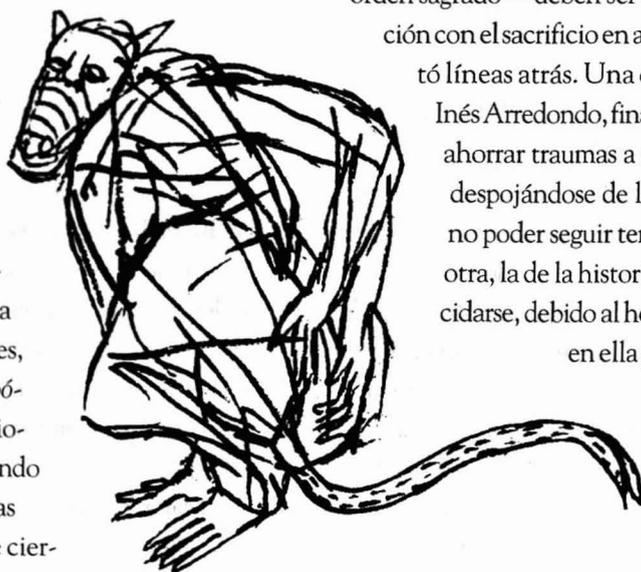
En su libro *Escritoras en la cultura nacional*, Marta Robles destaca también esa sensualidad en los cuentos de Inés Arredondo. “Bajo el fuego de algunas parejas de amantes, *La señal* devela sus cenizas; a veces, el ‘Estío’ favorece, a través de una transferencia, la realización de una sensual Yocasta.” Además, la perfección estructural de “Estío” le da un sabor de concisión poética quizá sin muchos precedentes en la literatura mexicana, principalmente en la literatura de mujeres. Elena Garro es cuentista de aventuras líricas, cercana a Cortázar. Rosario Castellanos sólo hizo poesía en versos, puesto que su prosa es de un racionalismo a flor de piel. Esther Seligson hace prosa poética, sin importar aparentemente si contiene una forma anecdótica precisa. O, mejor dicho, narra asuntos en apariencia inapreciables. Inés Arredondo es una contadora de historias minúsculas cuyos detalles se amplifican con su voz de portón de rancho, de un pueblo quizá ubicado en el interior de sí misma, pero que, no obstante, todos conocemos. La autora comenta, como para aclarar de dónde viene ese tono suyo: “damos trascendencia a nuestro pasado personal y buscamos en él el signo de nuestro destino”. Sin duda, los mitos alimentan la vida y la obra de Inés Arredondo.

En una lectura que peca de superficial, pero no de displicente, se encuentra en “Estío” un modelo temático capaz de suscitar en nosotros una curiosidad sobre el linaje del tema del incesto. Los mitos clásicos y las tragedias griegas aportan nada menos que la Yocasta del *Edipo rey*, de Sófocles, y la Fedra (la madrastra) del *Hipólito*, de Eurípides, sólo por mencionar dos ejemplos. Tomar ese segundo personaje, Fedra —a causa de las similitudes en la elaboración de cier-

tos sentimientos que llevan a acciones semejantes entre ella y la madre de Román en el cuento de Inés Arredondo—, tiene como función tratar de mantener un contacto entre la autora mexicana y la tragedia del griego nacido en Salamina en 480 antes de Cristo. Además, en “Estío” el personaje-narrador es madre y madrastra al mismo tiempo (madre de Román, madrastra de Julio). La trayectoria de semejanzas —pues se trata de un mito clásico varias veces utilizado en la literatura— entre los dos textos nos lleva a pensar que Inés Arredondo—o todas las mujeres, si se llega a un colmo delirante de generalización— ya traía—traen—adentro esos arquetipos femeninos y que, por otro lado, conocía bien a los clásicos. En fin, lo importante es comentar que existe una vasta genealogía del tema abordado en “Estío”.

Pero conviene señalar también que la dimensión trágica en este relato, desde luego, es transgredida varias veces a lo largo del texto. En principio por las pistas falsas que la tragedia no soportaría en su rígida forma y luego por la historia misma, en cuyo final una madre, pese a sentirse trastornada por la terrible transferencia que efectuó con Julio y la posibilidad del incesto con Román, mantiene una paz y un orden aparentes, y no una muerte anunciada, como es el suicidio de Fedra, quien, para no transgredir las normas y mantener relaciones con el hijo de su esposo, prefiere resignarse y matarse. “Por más que pienso sólo hallo un remedio para mi desventura”, dice la esposa de Teseo. “Después mandé a Román a estudiar a México y me quedé sola”, remata, digna, la madre de Román.

Algunos paralelos cuyo señalamiento es pertinente para este trabajo —ante todo los que se refieren a los dos personajes y sus actitudes frente a la posibilidad de romper el orden sagrado— deben ser revelados. Por ejemplo, la solución con el sacrificio en ambas historias, como se comentó líneas atrás. Una de las madres, la del cuento de Inés Arredondo, finalmente sacrifica a un joven para ahorrar traumas a su hijo y se sacrifica a sí misma despojándose de la actitud de madre, que parece no poder seguir teniendo frente al hijo amado. La otra, la de la historia de Eurípides, Fedra, debe suicidarse, debido al hechizo, a la “inspiración” obrada en ella por la poderosísima diosa Afrodita, causa de todo lo ocurrido al apolíneo Hipólito, hijo de Teseo, y a Fedra misma. Todo sólo porque Hipólito era un hombre



casto y adorador de la diosa de la moderación, Artemisa, enemiga natural de aquella divinidad. "Yo soy Afrodita, diosa célebre y venerada en la tierra y en el cielo, propicia a cuantos habitan entre el Ponto Euxino y los confines del Atlántico y ven la luz de Helios, rindiendo homenaje a mi poder, y funesta a los que ensombrecen contra mí." La hija de Zeus sigue diciendo, con rabia, de Hipólito, súbdito de Artemisa: "vive siempre en su virginal compañía en la verde selva, persiguiendo a las fieras con sus ágiles perros, frecuentando su trato y dándose más que humana importancia. Me vengaré hoy de él porque me ha ofendido". La venganza será hechizar, para "inspirar" en Fedra un amor y deseo irrefrenables por Hipólito y armar una trama con el fin de que ésta se mate, no sin antes dejar dicho a Teseo la razón de su suicidio, injuriando así a Hipólito ante los ojos de su padre. De esa manera, se advierte que ambas mujeres, Fedra y la madre de Román, deben sacrificar algo debido a que sus pensamientos son pecaminosos ante los ojos de los dioses, sean griegos o cristianos. Pero el personaje de Arredondo, cabe reiterar, transgrede esa dura tabla de las leyes del Olimpo.

En el libro *La señal*, la autora nacida el 20 de marzo de 1928 demuestra en algunos cuentos el uso de arquetipos con que da vida a sus personajes. El tono del relato "La señal", por ejemplo, es muy cercano a "Estío". También en "Los inocentes", de *Río subterráneo*, aborda el tema del incesto. En muchos otros relatos, en los tres volúmenes que publicó, nos enfrenta con el mito y con la sensualidad, transgresora del orden impuesto por lo sagrado. Basta recordar "La Sunamita", de *La señal*, en donde la escritora nos lleva a ese personaje bíblico, el rey David, y a la Sunamita que le ayudaba a calentarse en los días de frío intenso. En "La señal", un hombre entra en contacto con algo divino después de que, en una iglesia, un campesino le pide besarle los pies, humildemente. En fin, abundan ejemplos que no sirven para otra cosa sino para encontrar los indicios del camino de la creación en esta autora que se perfila como una de las más célebres de México durante el presente siglo.

En el universo de relatos donde Inés Arredondo toma esos paradigmas míticos para componer ciertos personajes e historias, hay básicamente dos tratamientos de esos "temas". El primero está visto en "Estío", en donde la Fedra o la Yocasta clásica, con su mal tan antiguo como la humanidad, son trascendidas por la riqueza del estilo y de las posibilidades de su misma historia. Se explica: el "drama" de la madre de Román es tomado del prototipo clásico y la historia mantiene, como se ha visto, lazos claros con la tragedia de Eurípides o la de Sófocles, pero la escritora mexicana no lo sujeta

a principios sagrados preestablecidos y opta por darle una solución más "verosímil", o por lo menos un aire limpio y fresco. Ello se aprecia en que el personaje/narradora deja entrever que seguirá su vida: "Después mandé a Román a estudiar a México y me quedé sola." El otro camino empleado por Inés Arredondo para esa revisión mítica es precisamente el utilizado en la "La Sunamita", donde la dimensión sagrada y mítica, atemporal, del paradigma de la historia bíblica es trascendida no por la conclusión de la anécdota del cuento —aunque habría que revisar mejor este relato para encontrar más contactos aún entre el texto "original" y el de la autora mexicana—, sino por su estilo que actualiza los sentimientos de esos seres sin edad, sin tiempos (míticos), y los empuja a su bochornoso y sensual paraíso, quizá a la hacienda Eldorado —el nombre no podría ser más sugerente—, con su abuelo, en donde la autora pasó buena parte de su infancia. "Como todo el mundo, tengo varias infancias de donde escoger, y hace mucho tiempo elegí la que tuve en casa de mis abuelos, en una hacienda azucarera cercana a Culiacán, llamada Eldorado." En todo caso, la realidad parece ser inventada por las palabras en sus narraciones, que delinear a los personajes y a los ambientes con una fuerza poética que, en vez de remitir a algún modelo, se muestra como una estructura propia en donde cada expresión y cada imagen que sugieren acciones, se forman y se pegan a la realidad del texto, sin concesiones a otro mundo que no sea el del personaje: el relato en cuestión. Éstas son, con todo, sólo dos salidas interpretativas para algunos de los relatos de Inés Arredondo, dos claves imperfectas para que sus cuentos entren más libremente por los poros del lector, dos caminos que se entrecruzan con tantos otros, en ese país de riquezas inimaginables, en ese Eldorado, en ese lugar mítico que surge con el conjunto de la obra de la escritora mexicana. ♦

### Bibliografía

- Arredondo, Inés, *Obras completas*, Siglo XXI, México, 1988.
- Corral, Rose, "Inés Arredondo: la dialéctica de lo sagrado", en *Inés Arredondo. Obras completas*, Siglo XXI, México, 1988.
- Eurípides, *Tragedias*, Concepto, México, 1978.
- Jaeger, Werner, *Paideia, a formação do homem grego*, traducción al portugués de Artur M. Parreira, Editora da Livraria Martins Fontes e a Universidade de Brasília, São Paulo, Brasil, 1986.
- Robles, Marta, *Escritoras en la cultura nacional*, t. II, Diana, México, 1989.